

con cara circumspecta aseguraba que «...la salud de su Excelencia el Jefe del Estado ha entrado en un estado crítico».

Rechacé con violencia, a arañazos, a mi madre y antes de que mi padre pudiera incorporarse de su sillón corrí hasta la puerta convencida de que ellos no existían, que eran únicamente las sombras proyectadas por mis deseos, los fantasmas que al anochecer volvían a ocupar las habitaciones que les pertenecieron, como ocupaban a menudo mi cabeza por más que nos separara una distancia de diez mil kilómetros y diez años de malos entendidos. Pero me equivoqué y cometí un error imperdonable. Fui temerosa hasta la cobardía, estúpidamente racional en un momento en que sólo los sentimientos deberían de haber contado, incapaz de aceptar que los milagros existen fuera de las leyendas y que el deseo tiene fuerza suficiente, más allá de los cuentos, para otorgarnos lo imposible. Sin duda, si hubiera aceptado lo que ocurría integrándome con normalidad a un atardecer de diez años antes, mi padre hubiera muerto diez años después y mi madre tendría mucha más vida por delante. Pero me negué y sobrevino la catástrofe.

Mi padre murió una hora después de mi llegada a Palma sobre las siete de la tarde cuando a mí el dolor me dejó inconsciente sobre el camino enfangado. El médico insiste en que todo lo que me sucedió luego fue producto de una alucinación mía y que por desgracia no llegué a pisar Son Gualba, por mucho que le enseñé las llaves —mis llaves— que tomé de la bandeja y le aseguro que mi madre me observa en silencio y con hostilidad mientras persigue con el dedo índice las marcas de unos arañazos inexplicables sobre su mejilla izquierda.

Roma, primavera de 1989

JAVIER TOMELO

Javier Tomeo nació en Quicena (Huesca) en 1931, pero desde hace muchos años reside en Barcelona. Ha publicado las siguientes novelas: *El cazador* (1967), *Ceguera al azul* (1960), *El unicornio* (Premio Ciudad de Barbastro, 1971), *Los enemigos* (1974), *Diálogo en re mayor* (1976), *El castillo de la carta cifrada* (1979), *Amado monstruo* (1985), *El cazador de leones* (1987), *La ciudad de las palomas* (1989), *El mayordomo miope* (1990), *El discutido testamento de Gastón de Puyparlier* (1990), *El gallitigre* (1990) y *Butaca de patio* (1991). Entre sus libros de cuentos hay que destacar: *Historias mínimas* (1989), *Bestiario* (1989) y *Problemas oculares* (1990).

Braquicefalias

Esta mañana un compañero de la oficina me llamó braquicéfalo y me dijo que, como todos los braquicéfalos, también yo tengo la cabeza corta, el occipital aplanado y que, si no fuese calvo, tendría el pelo negro, áspero y grueso, implantado casi perpendicularmente a la piel. Higinio (así se llama el compañero en cuestión) es un tipo odioso que anda siempre buscando el modo de fastidiar a la gente y que vive precisamente en la misma casa en la que yo tengo instalado mi pisito de soltero desde hace un par de meses.

—Más aún —añadió, gozándose de mi desconcierto inicial—. Cualquiera puede ver, a simple vista, que eres un típico braquicéfalo alpino. Seguramente tu familia procede de algún pequeño pueblo centroeuropeo. Mírate en el espejo: tienes la cara ancha, la nariz pequeña y poco saliente, la piel blanco-amarillenta y, por si fuese poco, no eres demasiado alto.

—Tal vez tengas razón —le dije, sin dar la menor importancia a sus palabras.

—Los cráneos de los braquicéfalos —añadió—, tienen el diámetro transversal casi igual o poco más corto que el diámetro anteroposterior.

—Me parece divertido —le dije.

—Si yo estuviese en tu puesto no me sentiría tan feliz —continuó diciéndome Higinio, bajando el tono de voz y lanzando una cautelosa mirada alrededor para asegurar—

se de que nadie estaba escuchándonos—. Tú sabes que yo no soy racista, pero no por eso dejo de reconocer que los hombres se distinguen no sólo por sus ideas y costumbres, sino también por la forma de sus cabezas. Según como tengan el cráneo, pueden ser dolicocefalos, braquicefalos o mesocefalos. Los braquicefalos tienen el cráneo largo, los dolicocefalos lo tienen corto y los mesocefalos no lo tienen ni corto ni largo, es decir, lo tienen mediano.

—Pues muy bien —admití—. Soy un braquicefalo. No suena mal del todo.

—Un braquicefalo alpino —me corrigió—. Hay muchas clases de braquicefalos.

Le pregunté a qué grupo pertenecía él, es decir, cómo tenía la cabeza, y me dijo que pertenecía al grupo de los dolicocefalos porque en su cráneo era mucho mayor el diámetro anteroposterior que el transversal.

—Si te fijas— me dijo, quitándose inesperadamente la peluca y mostrándome la cabeza— tengo el occipital muy saliente.

Era la primera vez que le veía sin pelo y no pude por menos de soltar una carcajada. Le dije luego que no podía decir si era dolicocefalo o braquicefalo, que yo no entendía mucho de esas cosas, pero que, sin la peluca, su cabeza parecía un melón.

—Prefiero tener la cabeza como un melón que como una calabaza— replicó Higinio.

Y se quedó mirándome fijamente a los ojos y sonriéndose con unos aires de superioridad que me parecieron tan ridículos como ofensivos. Entonces empecé a mosquearme y le pregunté si él era también de los que pensaban que la inteligencia y la sensibilidad de los hombres depende de la capacidad y forma de sus respectivos cráneos.

—Por supuesto —me dijo—. Creo firmemente en esa teoría. Los más grandes hombres de la historia han sido siempre dolicocefalos y ortognatos. Tú eres un cabezón y te comportas como un cabezón.

Entonces comprendí por fin que Higinio había sacado

a colación el tema de mi supuesta braquicefalia sólo para darme a entender en los términos más científicos posibles que no soy un hombre que se distinga especialmente por su inteligencia. Aquello me irritó sobremedida.

—De acuerdo —le dije, con una sonrisa helada—. Soy un cabezón. Me equivoqué al sumar las facturas y me pongo muy nervioso cada vez que tengo que hablar por teléfono. Los jefes me han colocado en la vía muerta y sé muy bien que en esta oficina se acabaron para mí todas las posibilidades de ascenso. Soy un braquicefalo alpino, lo admito humildemente, pero mi aparato sexual funciona como la seda y tu mujer tiene muchas pruebas de que no te miento. Pregúntaselo a ella y verás lo que te dice.

Me puse en guardia como los buenos boxeadores, con el brazo izquierdo extendido y protegiéndome el mentón con el puño derecho, pero Higinio no tuvo las suficientes agallas para replicar. Palideció mortalmente, fue a sentarse a su mesa y durante todo el resto de la mañana estuvo ordenando facturas y sorbiéndose las lágrimas con la punta de la lengua.

Javier Tomeo (Dolicocefalo mediterráneo)